

Frenkel, Stephen. **Historias de la jungla. Representaciones norteamericanas del Panamá tropical.** *En libro: Revista Tareas, Nro. 117, mayo-agosto.* CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos, Justo Arosemena, Panamá, R. de Panamá. 2004. pp. 97-118.

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/tar117/frenkel.rtf>



www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

[biblioteca@clacso.edu.ar](mailto:biblioteca@clacso.edu.ar)

## AMBIENTE

# HISTORIAS DE LA JUNGLA Representaciones norteamericanas del Panamá tropical\*

Stephen Frenkel\*\*

*Latin American Research Review*, vol. 39, N°1, 2004. Revista cuatrimestral de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (Latin American Studies Association, LASA), publicada por University of Texas Press, Austin, Texas, EEUU.

\*Artículo aparecido en *The Geographical Review*, vol 86, num. 3, julio de 1996. Traducción de Guillermo Castro H.

\*\*Profesor de geografía en la Universidad de Washington, Seattle, Washington.

### **Presentación al lector de habla hispana**

**Guillermo Castro H.**

*El artículo "Historias de la jungla. Representaciones norteamericanas del Panamá tropical" aborda una dimensión poco explorada de la historia de las relaciones entre Panamá y EEUU: la del papel desempeñado por la experiencia norteamericana en Panamá –particularmente entre 1850 y 1950– en la formación de lo tropical como categoría de sentido común y de política en la cultura dominante en aquel país. Esa experiencia, además, puede ser remitida a la incorporación de esa visión de lo tropical a la cultura de la naturaleza de los sectores oligárquicos más estrechamente asociados a la presencia colonial norteamericana en Panamá, y a las formas de representación del país y sus habitantes correspondientes a sus intereses de dominación social y control político.*

*En un sentido más amplio, el artículo aporta valiosos elementos de referencia para el proceso, más amplio, de la construcción de la tropicalidad como categoría de conocimiento y análisis en la cultura Noratlántica -en cuanto "describir es dar orden al caos" y "el conocimiento sería, por lo tanto, la interpretación y, por ende, la apropiación del otro"\*- y su incorporación a la cultura de la naturaleza a la sociedades latinoamericanas. Se trata de un tema que ya ha venido siendo abordado en la historia ambiental de la región, por autores como los colombianos Germán Palacio y Mauricio Nieto Olarte y que, sin duda, constituye ya uno de los campos más fecundos para el desarrollo futuro de esta disciplina en nuestra región.*

Entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en la medida en que la América Central tropical quedaba bajo una creciente influencia de EEUU, estadistas, empresarios, misioneros y burócratas norteamericanos empezaron a transformar la región para lograr sus propios fines.<sup>1</sup> Construyeron ferrocarriles, condujeron invasiones militares, establecieron plantaciones de bananos y de café, y eventualmente cavaron un canal a través de Panamá. Sus relatos publicados y sus representaciones

artísticas de América Central se apoyaron en otras ideas más generalizadas, arquetípicas, presentes en el arte, la historia, la literatura y la fotografía de los trópicos alrededor del mundo, para formar un discurso específico sobre los trópicos centroamericanos.<sup>2</sup> Dos narrativas opuestas entre sí constituyeron este discurso: unas positivas, acerca de paraísos edénicos, suelo fértil y belleza exótica; y otras negativas, acerca de la laxitud moral, paisajes peligrosos, enfermedad, y la abundancia amenazadora de la jungla. Estas diversas formas de ver a América Central se hicieron evidentes más allá de las meras representaciones semánticas: ellas influyeron en las acciones y políticas de EEUU en los trópicos. Estas narrativas contradictorias fueron utilizadas para legitimar la intervención y las acciones imperialistas en la Zona del Canal de Panamá a principios del siglo XX.

### ***El discurso sobre los trópicos***

Las líneas de latitud han sido utilizadas durante largo tiempo para demarcar las regiones tropicales. Aristóteles, por ejemplo, separó el mundo horizontalmente en zonas: frígida, templada y tórrida (tropical). Hoy, los trópicos son representados como la región que se encuentra entre los 23 grados 30 minutos de latitud Norte, y los 23 grados 30 minutos de latitud Sur – los trópicos de Cáncer y de Capricornio. En forma alternativa, los trópicos han sido definidos utilizando isolíneas de temperatura y de precipitación. Estas han variado de algún modo, desde la inclusión por Ellen Semple (1911) de áreas dentro de las isoterma anual de 20 grados en promedio, hasta Isaiah Bowman (1937, 381), que utilizó una isoterma promedio anual de 25 grados. Un libro de texto de geografía contemporáneo los ubica como las áreas dentro de una isoterma media anual de 18 grados (Strahler y Starhler, 1996, 165).

El acuerdo sobre el carácter climático de la región –el calor y la humedad asociados con las tierras bajas tropicales– es más general. De hecho, áreas de tierras altas como la meseta Central de Costa Rica fueron excluidas del discurso tropical debido a que, como afirmó un viajero, son tan “frescas y saludables como las llanuras costeras son de calientes e infestadas por la fiebre” (Putnam 1913, 10). Aun así, la interpretación del calor y la humedad tropicales ha cambiado a lo largo de los últimos dos siglos. En diversos momentos, los norteamericanos han imaginado las tierras bajas tropicales de América Central como paraísos distantes o como costas de la fiebre (en el siglo XIX), como repúblicas bananeras (entre principios y mediados del siglo XX), como sitios para revoluciones (en las décadas de 1970 y 1980), y como lugares para eco excursiones románticas (en la década de 1990). En este artículo, utilizo la palabra trópicos para referirme a las tierras bajas tropicales, y me ocupo exclusivamente de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

En este contexto histórico y geográfico, el carácter de los climas tropicales fue expresado frecuentemente en términos subjetivos, incluso cuando era planteado en un llamado marco de referencia científico. Los libros de ciencia norteamericanos de comienzos de siglo incluían de manera típica una clasificación de la flora, la fauna, las temperaturas y las enfermedades tropicales en América Central. Tales descripciones, sin embargo, estaban mezcladas a menudo con opiniones del autor respecto al calor, la enfermedad, la gente de piel oscura, las comidas calientes o muy condimentadas, frutas exóticas, vegetación fecunda, y subdesarrollo económico. Por ejemplo, en su *Manual de geografía comercial*, de 1918, el geógrafo G. Chisholm describe las cantidades específicas de lluvia, la humedad y la temperatura características de los trópicos, mientras se refiere al calor “excesivo” y a la humedad “irritante”. El discurso “científico” sobre los trópicos estaba repleto de descripciones valorativas de este tipo.

Sin duda, la etiqueta de tropical ha sido utilizada para estereotipar y homogeneizar una amplia gama de lugares, desde Singapur a Sierra Leona. Aun así, el discurso está muy influenciado por un conjunto distintivo de identidades regionales. En el discurso occidental, pueden ser identificadas representaciones tropicales arquetípicas para América Central, África Occidental y el Pacífico Sur. De todas ellas, quizás la más conocida es la abrumadoramente positiva representación eurocéntrica del Pacífico Sur. Una imagen reconocible fue construida hacia principios del siglo XX a partir de las edénicas visiones de género del capitán James Cook, Louis – Antoine de Bougainville y Paul Gauguin. De hecho, estaba tan bien fijada que cuando Alec Waugh llegó a Tahití en 1930, comentó con hastío: “[L]os Mares del Sur son terriblemente *vieuxjeu*. Se ha escrito tanto de ellos, y se los ha pintado tanto. Mucho antes de llegar a ellos, se sabe con precisión lo que se encontrará” (Waugh 1930, 20).

Por contraste, a partir de una bien ganada reputación de tener tasas de mortalidad extremadamente altas, las representaciones de los trópicos del África Occidental invocaban temores de muerte y enfermedad. “El lugar más mortífero de la Tierra”, era la forma en que los médicos británicos describían la región a Mary Kingsley antes de su viaje de 1893 (Kingsley 1987, 12). En la medida en que el riesgo epidemiológico se combinaba con el prejuicio racial, se advertía a quienes se dirigían al África Occidental que se prepararan para “largas esperas solitarias, un calor enfermante, multitudes rebosantes de negros” (Davis 1907, 8). Este discurso, por supuesto, alcanzó su cenit con *El corazón de la oscuridad*, de Joseph Conrad (1910). Tales visiones aún son reproducidas en fuentes tan variadas como las narraciones

periodísticas “de introducción general” a los horrores de la política en Africa Occidental y antologías de ficción literaria sobre la “selva húmeda”, como *Tales from the Jungle: A Rainforest Reader* (Katz and Chapin, 1995), que siguen incluyendo selecciones de rigor de Conrad y Kingsley.

Las representaciones de los trópicos americanos también desarrollaron un carácter reconocible. Las ideas sobre los trópicos americanos eran más ambivalentes que las descripciones del Pacífico Sur o de Africa Occidental. Como lo dice la geógrafa Susan Whites,

Desde sus primeros encuentros con América Latina, los europeos han expresado sentimientos ambiguos respecto a la selva húmeda tropical. El señuelo de la riqueza fabulosa y la esperanza de encontrar El Dorado han luchado con el espanto de seres míticos y enfermedades horribles en el infierno verde. Los relatos sobre la selva tropical húmeda, fueran novelas, diarios de viaje o informes científicos, revelan al menos tanto sobre sus autores como acerca de la selva. Cada escritor y escritora representa en cierta medida la visión del mundo prevaleciente en su tiempo y su cultura, pero las percepciones de la selva húmeda también son filtradas mediante los lentes de significado creados por las experiencias y creencias del individuo. (Place 1993, (1))

Buena parte de la percepción fuertemente positiva sobre los trópicos americanos ya estaba creada a principios del siglo XIX. Una cantidad de comentaristas, incluyendo a Kathryn Manthorne (1989) y Frederick B. Pike (1992) han sugerido que los norteamericanos interpolaron el carácter de la región a partir de unas pocas fuentes, que incluían artículos de periódicos, reproducciones de artistas, y relatos de viajeros ricamente ilustrados, como los *Incidentes de viaje en América Central, Chiapas y Yucatán*, de John Lloyd Stephens (1841). Dado que la gente común y corriente de EEUU conocía poco de la región, las visiones de América del Sur y América Central eran fácilmente mezcladas unas con otras. Fue de esta manera como, con relativamente poca especificidad geográfica, “emergió en EEUU” una “conciencia pictórica unificada de América Latina... en directa respuesta a una laguna de conocimiento. Su imagen como una tierra de maravillas científicas, riquezas doradas e inocencia edénica podría ser preservada únicamente en la medida en que la información adecuada y la experiencia directa permanecieran en un mínimo” (Manthorne 1989, 60 – 61).

Para mediados del siglo XIX estaba disponible un conocimiento más detallado. América Central empezó a adquirir un sentido más complejo (y geográficamente específico) para el público norteamericano una vez que descripciones más cultivadas de viajeros se convirtieron en un lugar común en periódicos populares (Millar 1989, 118). La serialización de trabajos de Stephens y de Alexander von Humboldt, los relatos de exploradores más tardíos que buscaban las ruinas mayas, y las memorias posteriores a 1849 de viajeros con rumbo a California que atravesaron el istmo de Panamá incrementaron la información disponible acerca de la región. Artistas (y más tarde fotógrafos ambulantes) pintaron y fotografiaron escenas en América Central. Estas imágenes visuales fueron reproducidas después y mostradas al público general a través de EEUU. Fueron los grabados de pirámides cercanas a Mérida hechos por Frederick Catherwood, o las pinturas de colibríes de Martin Jonson Heade. Estos trabajos influyeron en la imagen visual de los trópicos.

Los escritores también mostraron un aspecto más realista de los viajes, haciendo asociaciones entre América Central y enfermedades tropicales, especialmente la malaria y la fiebre amarilla. Panamá fue vista como especialmente mortífera (y en realidad lo era), con tasas de mortalidad del orden de 60 por 1,000 durante la década de 1880 (Harrison 1978, 163). Si bien las enfermedades endémicas era un problema significativo para los viajeros y para los residentes por igual, la sobre generalización regional mostró a todos los lugares como peligrosos en virtud de su localización en América Central.

Algunas de estas imágenes fueron cuestionadas por libros acerca de empresas agrícolas escritos a principios del siglo XX, especialmente aquellos que describían plantaciones de banano. Para ofrecer apenas un ejemplo, en 1929 un escritor de orientación empresarial, si bien reconocía los aspectos negativos de las plantaciones en los trópicos, hacía énfasis en la capacidad de los norteamericanos para dominar y domar a la naturaleza: “Durante cuatro siglos y medio el hombre blanco ha luchado contra la naturaleza y contra sus semejantes en la región ubicada entre Cáncer y Capricornio que forma los trópicos americanos. Y hasta hace poco la naturaleza había vencido siempre. Apenas ahora es que el hombre está ganando dominio en alguna medida” (Crowther 1929, v). De igual modo, el éxito de EEUU en la excavación del Canal de Panamá demostró que, si los norteamericanos aplicaban “los principios de la ciencia moderna en su vida económica y social” (Price 1935, 2), los peligros de los trópicos podrían ser reducidos. El tema del “dominio del hombre sobre la naturaleza” influiría las visiones norteamericanas de la región hasta bien entrado el siglo XX, a través de imágenes de las actividades de la United Fruit Company o del Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos en América Central.

A fines del siglo XIX y principios del XX, Panamá dio a la región otro significado, específicamente hegemónico y, por un tiempo, ejemplificó los trópicos centroamericanos para el público norteamericano. Cuatro factores contribuyeron a esto: primero, en virtud de su ubicación – 9 [grados] de latitud Norte –, Panamá era por definición la quintaesencia de lo tropical. Por tanto, era un modelo adecuado para la

aparición que debería tener un lugar tropical. Segundo, Panamá (y en menor medida Nicaragua) intersectó continuamente con el desarrollo de EEUU, que intervino militarmente, firmaron tratados, construyeron ferrocarriles y cavaron el canal. Además, inversionistas privados norteamericanos se involucraron en esquemas que iban desde ferrocarriles hasta plantaciones. Estos episodios históricos comunes significaron la mención regular del Istmo en los periódicos norteamericanos. En tercer lugar, Panamá (y de nuevo, en menor medida, Nicaragua) fue la ruta para los viajeros norteamericanos en su viaje hacia California, el Pacífico Noroeste e incluso América del Sur. Dado que estos pasajeros frecuentemente relataban sus experiencias, el cuerpo de la literatura sobre Panamá creció.<sup>3</sup> El conocimiento regional aumentó tanto que una mujer inglesa que viajó por mar a Chile en 1853 pudo escribir que “describir Panamá a los lectores norteamericanos sería como describir Nueva York o Boston, o cualquier otra ciudad con la que estemos familiarizados” (Merwin 1966, 16). En cuarto lugar, los países vecinos, especialmente los situados hacia el Norte, se vieron comparativamente opacados – la fuerte imagen de Panamá los venció. La importancia de Panamá tras la construcción del canal es puesta en evidencia en la memoria de un viajero de 1913:

Panamá es la llave de América Central... no sólo en un sentido geográfico; la construcción del Canal de Panamá está haciendo más de lo que ha sido hecho en cuatro siglos para despertar aquel territorio adormecido, y desatar sus ataduras políticas y económicas. En lo que concierne a los Estados Unidos, el Canal significa prácticamente el redescubrimiento de América Central; ha fijado la atención nacional hacia el sur”.(Putnam 1913, 1)

### *Imágenes norteamericanas de Panamá*

Las vistas positivas de Panamá se relacionan por lo general con el viajar hacia los trópicos, mientras las negativas suelen asociarse a la residencia en ellos. Hasta el advenimiento del transporte aéreo a larga distancia hacia mediados del siglo XX, el viaje desde EEUU a Panamá se hacía casi siempre por buque, proporcionando de esta manera una pausa geográfica y temporal entre las regiones templadas y las tropicales. De hecho, este interludio era muy recomendado: “Los trópicos deben ser visitados por vía marítima. Usted ingresa a ellos de manera gentil, casi imperceptible. Se ve más impresionado por la creciente intensidad del azul del agua y el cielo, que por el creciente calor” (Bullard 1914, 1). Tales viajes oceánicos estilizados constituían una forma de excitación: “Oh sí, siempre hay una emoción en eso – en ese navegar hacia los países cálidos... [Lo] esclaviza a uno como una droga de la que uno desaprueba” (Flandrau 1908, 10). Desde los puentes de un buque a vapor, la respuesta era abrumadoramente positiva:

Las ropas de lana y los cuellos duros han desaparecido, reemplazadas por vestimentas ligeras; pequeños “affaires de coeur”, tentativos e indecisos hasta ahora, adoptan un cariz más serio. Al caer la tarde, los cómodos rincones más ventajosos del puente del barco dan testimonio del rápido crecimiento del joven (o viejo) sueño de amor; bajo las miradas de la luna en su cuarto creciente, el romance teje su mágica red, en esperanzadora anticipación de siete días de amor en los trópicos que aún más que en el Norte, donde el mundo de los sentidos (Bull 1913)

En los primeros días de su llegada a Panamá, los escritores se admiraban de lo evidentemente distinta y exótica naturaleza del lugar – un clima y un paisaje muy diferentes a los de la vida cotidiana en lugares templados como Nueva York, Chicago o San Francisco. Un recién llegado comentaba: “Incluso a esta hora temprana una suavidad adormecedora permea el aire – una quietud que puede ser sentida. ¿Era posible que apenas estuviéramos a cuatro días de la nieve y la lluvia helada, las calles cubiertas de hielo y los feroces vientos de Nueva York?” (Peixotto 1913, 6). El estado de asombro seguía presente cuando los del Norte expresaban con placer: “bajo el sol del Sur... todo relumbra con una fiebre tropical” (Tomes 1855, 14). Los escritores se concentraban en lo que percibían como diferente y exótico – la vegetación lujuriosa, los brillantes colores tropicales, insectos y animales inusuales, y sonidos y aromas poco familiares. Arthur Bullard, por ejemplo, describía “la nueva escala de valores de color que demanda el sol de los trópicos” y la “intensa fragancia de la tierra del Sur” (1914, 2-3). Los norteamericanos también asumían una fecundidad de la región, ilustrada en este verso:

De los rincones ocultos de la jungla llegan hermosas orquídeas cosechadas en la mañana;  
Y antes de que caiga el sol, adornan los portales de la Zona. (Core y McKeown 1939)

Los visitantes se maravillaban con la rapidez con que crecían las plantas, creando una verdadera “inundación de vegetación tropical” (Tomes 1855, 78). Incluso un siglo más tarde, un autor observaba que “el primo tropical del árbol que crece en Brooklyn probablemente se desarrollará entre dos y nueve

veces más rápido en Panamá o en Honduras” (Wilson 1951, 5). Dadas estas premisas, la conclusión usual era que la vida en el trópico era tan fácil como llegar hasta el árbol más cercano para buscar alimento. Ellsworth Huntington expresaba este pensamiento cuando de manera algo irónica opinaba que, en las regiones tropicales, “el nativo no tiene nada que hacer, salvo echarse bajo los árboles y esperar que la fruta le caiga en la boca” (Huntington 1929, 281). Esto contrastaba con la percepción de una vida dura de invierno y trabajo en la zona templada.

Tales descripciones positivas fueron utilizadas a menudo para promover empresas agrícolas. Dado que la tierra tropical estaba disponible para ser tomada por los imperialistas de EEUU con un mínimo esfuerzo, éstos se presentaron con una variedad de esquemas para promover plantaciones de caucho, café y banano. Apoyándose con fuerza en la idea de la fertilidad tropical, estos esquemas sugerían que la decisión acerca de qué sembrar era tan sencilla como decidir cuál cultivo alcanzaría el precio más alto en el mercado mundial (un planteamiento que sigue haciéndose hoy [Slater 1995, 115]). Todo lo que un inversionista necesitaba era el aporte de trabajo y tecnología. En dichas representaciones estaba implícito que la población indígena había sido incapaz de proveer trabajo y tecnología adecuados, lo que a su vez explicaba la disponibilidad de la tierra (Adams 1914, 203).

Los inversionistas veían en el paisaje natural “inexplorado” el equivalente de la ganancia. Se podían hacer referencias a la asombrosa riqueza de los bosques del istmo (Ois 1867, 90) o a la fertilidad del suelo. Caven un paraguas en el suelo al caer la noche, decía un comentarista, y tendrán un árbol de paraguas en la mañana (Putnam 1913, 89). Aun después de que se desarrollara una clara conciencia de las limitaciones del suelo, la tierra seguía siendo mostrada como un recurso extraordinario, si bien temporal. Las ganancias de las plantaciones justificaban ampliamente el agotamiento de la tierra (Crowther 1929, 245).

Durante buena parte del siglo XIX, los trópicos americanos fueron representados como un Jardín del Edén largamente perdido, con referencias a Arcadia, al paraíso, a la Atlántida y al Elíseo que salpicaban el panorama literario (Manthorne 1989, 11). Si bien la literatura norteamericana sobre Panamá carecía de tales narrativas edénicas, enfatizaba la idea de “viaje al tiempo pasado” (McGrane 1989, 104). El viaje exótico típico a través del tiempo consistía en una incursión a la “jungla” y un encuentro estilizado con los “nativos”. Adentrarse en la jungla, alejándose tácitamente de la civilización, se lograba con frecuencia utilizando los medios más primitivos, lo que intensificaba el carácter exótico de la región. Los lectores de la *National Geographic Magazine* en 1922, por ejemplo, aprendieron que “sentarse en un verdadero cayuco, fabricado de un árbol gigantesco de la selva tropical, con la forma bellamente desarrollada de un indígena enfrente de usted... es una experiencia única en la vida” (Fairchild 1922, 141). En sus encuentros, los exploradores solían presentar a la gente no blanca como los remanentes exóticos de otros, “intocados por el mundo exterior como lo estaban sus ancestros cuando Balboa pasó por allí” (Halliburton 1929, 137). A lo largo de la ruta, el viajero podría encontrarse con “una lánguida joven nativa meciéndose en la hamaca” (Tomes 1855, 173), rodeada por una abundancia de “plátanos, bananos, mangos, melones, mameyes, piñas y naranjas amarillas, fragantes con sus suaves olores, de desbordante madurez” (Tomes 1855, 174). Estas narrativas condujeron a representaciones positivas, que se convirtieron en parte del discurso público acerca del Panamá tropical.

Aun así, a pesar de estas expresiones positivas, a medida que los viajeros exploraban y trabajaban más a fondo en la región se fue haciendo cada vez más común una narrativa negativa acerca de los trópicos de Panamá. Los trópicos de Panamá fueron presentados a menudo como una región de peligro e incomodidad, de serpientes, mosquitos maláricos y vegetación húmeda y lujuriente. Un poeta menor que residió en Panamá durante veinte años advertía:

Más allá del río Chagres hay senderos que conducen a la muerte  
¡A las brisas mortales de la fiebre, al aliento venenoso de la malaria!  
Más allá del follaje tropical, donde aguarda el cocodrilo, están las mansiones del diablo  
¡Sus dominios originales! (Gilbert 1908, 14)

Un reciente tratado académico explica la coexistencia de narrativas positivas y negativas acerca de los trópicos centroamericanos sugiriendo que “bajo la apariencia de la belleza sensual y exótica se oculta la amenaza de destrucción súbita y horrenda. Las más detestables y terribles criaturas se agazapan en la hermosa vegetación,

enredadas en los arabescos de las lianas, o estaban disfrazadas en las flores” (Millar 1989, 120). Dado que muchos visitantes norteamericanos del siglo XIX llegaron a Panamá con el propósito de atravesar rápidamente el país, pero se vieron demorados por diversos obstáculos, no es de sorprender que la prosa púrpura de las escenas románticas de la llegada fueran rápidamente suplantadas por reflexiones más pesimistas acerca de las condiciones locales. Una descripción más oscura de Panamá se evidencia: “Selvas tan inextricablemente entretajadas de espesa vegetación que eran impenetrables a la luz, que habían oscurecido el país en una noche perpetua durante épocas completas, debían ser taladas. Murallas de jungla debían ser derribadas, y pantanos traicioneros, en los que el hombre nunca antes se había aventurado, debían ser transformados en superficies firmes como la roca” (Tomes 1855, 114).

En general, mientras más largo era el contacto con Panamá, más negativa era la impresión. Como lo señalara un viajero perceptivo, “Nuestra concepción poética del lugar, excitada por una vista distante horas atrás, ahora empieza a desaparecer para siempre con rapidez” (Scruggs 1910, 2). El calor, antes una agradable distracción respecto al invierno, se tornaba opresivo.

El contacto prolongado con los trópicos podía terminar por afectar de manera negativa a todos, de una u otra forma. El determinismo ambiental, especialmente en las obras populares de los geógrafos, reforzaba esta preocupación. Semple, por ejemplo, alegaba que los trópicos inducían a la indolencia y a la auto complacencia al relajar “la fibra mental y moral” (1911, 626). Otros, incluyendo a Huntington (1924) y a Grenfel Price (1939) fortalecieron estos sentimientos con visitas a Panamá. Los panameños y norteamericanos que vivían en los trópicos era descritos como “personas adustas, esqueletos vestidos de blanco y con las cabezas cubiertas por sombreros Panamá, [que] nos contemplaban con asombro fantasmal a nosotros, seres animados, frescos y gordos, provenientes de la tierra de los vivos”. (Tomes 1855, 43)

Es necesario, sin embargo, enfatizar la importancia de la relación entre las representaciones de los trópicos y la idea científica social del determinismo ambiental. Las ideas norteamericanas acerca de América Central recibieron, sin duda, una fuerte influencia de antiguas creencias sobre el determinismo ambiental (Frenkel 1992) y de una cepa especialmente virulenta de determinismo que emergió a fines del siglo XIX (Livingstone 1991). Los trópicos fueron considerados como un ambiente ‘que inhib[ía]e la marcha hacia delante de la civilización’ (Balut 1993, 69). Pero estos elementos de determinismo eran parte de un discurso más amplio sobre el fenómeno de la tropicalidad, compuesto en gran medida de reacciones impresionistas al ambiente natural – el suelo, la jungla, la luz, y el calor.

La mención de los trópicos también invocaba nociones de enfermedad. A partir de las teorías miasmáticas de la enfermedad, se pensaba que el clima cálido y húmedo era un terreno fértil para la enfermedad. “La acción alterna del sol y la lluvia sobre la espesa vegetación, saturada de humedad y de vaho en un constante calor de verano, mantenía por necesidad un proceso perpetuo de descomposición y fermentación, que engendra fiebres intermitentes, biliosas, congestivas y amarillas, y otros resultados malignos de la exhalación miasmática impura” (Tomes 1855, 51). Dado que la fiebre amarilla estaba asociada históricamente con Centro América, algunos llegaron a hablar de “la enfermiza neblina amarilla de Panamá” (Davis 1896, 197).

La enfermedad era, en efecto, un gran problema en el siglo XIX, pero hacia principios del siglo XX el descubrimiento y comprensión del vector mosquito había transformado la capacidad de los norteamericanos para controlar enfermedades transmitidas por mosquitos. Esto dio lugar a un dramático descenso en la tasa de mortalidad asociada a la enfermedad en la Zona del Canal, desde cerca del 40 por mil en 1906, al 8 por mil en 1909 (PCC 37 E 25 / 1916).<sup>4</sup> En el curso de unos pocos años fue posible visitar los trópicos y experimentar la “emoción del placer de estar cerca de este lugar y sentirse seguro, a salvo del enemigo microscópico” (Fairchild 1922, 140). En otras palabras, era posible vivir con seguridad en el Panamá antes letal. Sin embargo, aun a pesar de que los informes médicos probaban que las tasas de enfermedad estaban descendiendo en Panamá, no todos aceptaron la imagen de salud. Para algunos, la simple idea de vivir en la proximidad de Panamá o de los panameños seguía siendo inaceptable. Sus temores eran inculcados por una tasa algo más alta de enfermedad fuera de la Zona del Canal, lo que significaba que el ambiente panameño podía seguir siendo visto como peligroso. En 1935, por ejemplo,

entre las advertencias que proporcionaban los médicos se incluían la de que “los empleados de la Zona del Canal deben necesariamente limitar sus actividades recreativas a la Zona del Canal debido al peligro de malaria, disentería, etc.” (PCC 95 A 1/35).

La narrativa tropical negativa invocó igualmente la noción de jungla, una palabra bien explorada en una cantidad de artículos deconstructivos recientes. Candace Slater sintetiza bien sus matices: “La] jungla es un espacio enfáticamente no paradisiaco. Un laberinto a la vez figurativo y literal (de leyes de vivienda, por ejemplo), es también un lugar de lucha sin cuartel por la vida (‘Hombre, hay una verdadera jungla allá afuera’, puede uno decir con gesto). Un lugar de enfermedades endémicas (‘fiebre de la jungla’) y de decadencia (‘podredumbre de la jungla’), es el hogar de bestias y de personajes desagradables como los vagabundos” (Slater 1995, 118).

La jungla puede tener un significado botánico preciso, pero también, como lo muestra el recuento anterior, abarca mucho de lo que era mítico o negativo acerca de los trópicos. La semántica de muchos testimonios destilaba ideas negativas de la jungla a partir de la categoría más ambigua de *trópicos*. Si los norteamericanos imperiales se sentían competentes para enfrentar al trópico, consideraban que la jungla estaba fuera de control. Rara vez vivían en la jungla. En cambio, se deleitaban en los peligros de sus breves incursiones a la jungla “primitiva” y escribían tétricos relatos sobre los mismos.

Se consideraba a la jungla como un hecho intemporal, ‘de antigüedad centenaria’, que arrojaba una ‘sombra perpetua’ sobre la tierra hasta que ‘la civilización dispersaba la oscura nube de vegetación impenetrable para el sol’ (Tomes 1855, 50)<sup>5</sup>. Desde el punto de vista norteamericano, la jungla era la antítesis de la evidente civilización de los limpios y prefabricados paisajes suburbanos de la Zona del Canal. La jungla era algo que los residentes norteamericanos debían temer y evitar. Un sentimiento como éste aun era evidente cuando, a pesar del paso de los años, un escritor al servicio de la *National Geographic Magazine* describía su visita a la jungla de Panamá como “algo amedrentador, al encontrar de súbito no viviendas y postes de luz y el ruido de la gente que habían formado el ambiente acostumbrado y que uno podía entender, sino en toda dirección y todo lugar extraños, silentes troncos de árboles, todos distintos entre sí” (Fairchild 1922, 131).

### ***Respuestas al Canal de Panamá***

Estas narrativas positivas y negativas del discurso tropical dieron lugar a variadas respuestas que, como James S. Duncan (1993) ha planteado en términos más generales, sirvieron para reforzar acciones e ideologías dominantes. Sin duda, las representaciones resultantes se acomodaron a los intereses de EEUU en Panamá. En ningún otro lugar era esto tan evidente como en la Zona del Canal de Panamá.

Las narrativas positivas fueron utilizadas para alegar que la vida era buena en la región. Para 1912, por ejemplo, las selvas estaban siendo reemplazadas por una cantidad de pequeños poblados. Estos poblados –al menos aquellos en que vivían norteamericanos blancos –les recordaban a los visitantes los nuevos desarrollos suburbanos en EEUU. Casas de revestimiento crema y gris, bordeadas por aceras arboladas, estaban rodeadas de prados lujosamente manicurados. Descripciones de llegada en tono rosado fueron utilizadas para atraer aún más residentes.

Si bien las narrativas positivas resultaron útiles para la empresa económica y reflejaron un modo de vida para los norteamericanos en Panamá, nunca llegaron a dominar las impresiones de los trópicos panameños de comienzos del siglo XX, por una cantidad de razones. Primero, a pesar de nociones paradisiacas, los norteamericanos encontraron que estas imágenes no encajaban con las realidades de vivir en el calor y la humedad. Segundo, las dificultades de la existencia tropical resultaron útiles para justificar los altos salarios y los alojamientos lujosos en los asentamientos dirigidos por norteamericanos. En la Zona del Canal, por ejemplo, los funcionarios norteamericanos legitimaron una asignación sustancial para vivienda y un sobresueldo de 25 por ciento sobre la base de la “dificultad” aparente de la vida en los trópicos para los “blancos”. Como resultado, fueron frecuentes los intentos de funcionarios del Canal para menoscabar los aspectos positivos de Panamá. En 1921, en una carta a un integrante de un Comité del Congreso, el secretario ejecutivo de la Panama Canal Company debió justificar vacaciones ampliadas para los empleados. Intentó convencer al Congreso de que, a pesar de las deslumbrantes descripciones de los turistas y de la observación de que la Zona había sido transformada de agujero infecto en paraíso, vivir en Panamá era realmente difícil: “No se puede negar clima de calor y humedad constante como el que tenemos aquí –nueve grados al norte del ecuador– es enervante, y en el curso de los meses debilita la vitalidad de la gente de clima templado, y parece razonable que una vacación más prolongada debe concederse a empleados que trabajan bajo tales circunstancias” (PCC 28 B 5/1921). Si bien los burócratas norteamericanos admitían que Panamá podía ser agradable, enfatizaban que para aquellos que realmente estaban bien informados, esto era un “encanto debido a la distancia” (PCC 33 A 11/1925) y que el placer disminuía con el tiempo.

Los administradores del Canal utilizaron diversas narrativas tropicales negativas para justificar sus políticas. Enfatizaron mucho lo relacionado con la laxitud mental y moral de la vida en los trópicos sobre la cual tradicionalmente advirtieron los deterministas ambientales, y prepararon a los visitantes para una serie de peligros climáticos (Livingstone 1991) Era necesario, por ejemplo, lidiar con el sol tropical. Las Guías de Viaje advertían a los viajeros “tener a manos anteojos con lentes de color café o azul para suavizar el resplandor a mitad del día, utilizar un sombrero de ala ancha, y llevar consigo un paraguas” (Barrett 1913, 21). Las residencias oficiales de la Zona eran pintadas únicamente con determinados colores – típicamente, verde, gris o blanco institucional – debido “al hecho bien establecido de que ciertos colores adecuados a ciertas personas [esto es, a los norteamericanos] resultan absolutamente necesarios en los hogares en los trópicos” (PCC 23 N 3/1930).

Uno de los usos más directos de las narrativas negativas – incluyendo nociones de determinismo ambiental puede ser vinculado a la formación de la propia Zona del Canal. Cuando los norteamericanos empezaron a concebir por primera vez el canal, mucho de lo que se convertiría en la Zona del Canal era rural. Algunos individuos cultivaban la tierra, pero a los ojos de los norteamericanos las áreas subdesarrolladas eran todas una sola gran jungla. Hacia la década de 1930, respondieron de tres maneras al paisaje tropical: demarcaron lo que llamaron una zona saneada; mantuvieron esa zona saneada, y domesticaron (léase domaron) el paisaje de la Zona del Canal.

La demarcación de una zona saneada implicó despoblar porciones de la Zona del Canal. Invocando preocupaciones por la salud y por el control de los trabajadores, funcionarios de sanidad expulsaron a todos los habitantes no oficiales y rurales de la Zona. Salvo por unos 3,000 acres reservados como zona saneada, considerados oficialmente como seguros para vivir, los funcionarios despoblaron la totalidad de las 450 millas cuadradas de la Zona del Canal. (*Geographical Review* 1918, 160). Dentro de la aparente seguridad de la zona saneada, los planificadores sugirieron crear pequeños poblados. Si bien la expresión zona saneada se sostenía en consideraciones de salud, la etiqueta permaneció mucho tiempo después de que los esfuerzos de saneamiento redujeran la incidencia de malaria y otras enfermedades. Ostensiblemente, la expulsión forzosa de inmigrantes de las Indias Occidentales (contratados como obreros para el Canal por los norteamericanos) y de panameños hizo descender las tasas de malaria. Como lo dijo un funcionario de sanidad en 1912, la despoblación ‘removió de nuestro medio un enorme número de focos de infecciones –malaria, parásitos intestinales y otras enfermedades– haciendo el problema del saneamiento relativamente sencillo al focalizarlo en, y en torno a, los asentamientos en los que la población vive y trabaja’ (PCC 28 B 5/1912).

Esta justificación médica pseudo científica tenía sobre todo un significado social, puesto que la mayor parte de los peligros probados había desaparecido para el momento en que estas palabras fueron escritas. Las condiciones de salud de la Zona del Canal eran prácticamente las mismas que las de EEUU (PCC 37 E 25 / 1916). Aun así, las representaciones de paisajes tropicales inseguros y plagados de enfermedades persistieron. Los *zonians* – norteamericanos de larga residencia en la Zona del Canal – vivían mentalmente en una zona militar y culturalmente saneada.

Los memorandos del Canal de Panamá eran tajantes en lo relativo a separar la Zona del bosque circundante, y la tierra clareada era preferida al bosque. En un típico memorando del Departamento de Sanidad acerca de la malaria, se advertía a los trabajadores blancos “no salir de la Zona en los atardeceres, no ir a nadar o a cabalgar fuera de las áreas restringidas después de oscurecer” (PCC 2 D 9/1920). Para los residentes, la vida en la Zona era “como un hombre en una fortaleza rodeada de enemigos”. Estaba “bastante seguro [si permanecía] dentro de las murallas” (PCC 2 D 9/ 1920). El imaginario de una fortaleza bajo asedio invocaba un sentimiento de peligro e incertidumbre que perduró por generaciones. Las acciones y la labor de construcción de los norteamericanos en la Zona reforzaron estos temores, ya se tratara de hospitales tecnológicamente superiores, la prohibición de nuevas viviendas fuera de la zona saneada, o incluso el fin de los campamentos de Boy Scouts. Todavía en 1960, un gobernador norteamericano de la Zona del Canal la describía como “rodeada aún por una de las regiones más insalubres del mundo. [Sus] residentes deben estar continuamente en guardia contra la enfermedad del exterior” (PCC 28 116/1960). La segregación respecto a un paisaje extraño de jungla implicaba seguridad y significaba bastante más que estar a salvo de la enfermedad. Quería decir, además, estar a salvo de culturas desconocidas, del clima y del acoso de los bosques amenazadores.

Una respuesta final a la representación de Panamá como una jungla fuera de control fue la domesticación de las áreas saneadas, que condujo a un paisaje suburbanizado, familiar, en la Zona del Canal. En la medida en que los norteamericanos eliminaban la jungla de las cercanías de sus casas, impusieron un control ingenieril al mismo paisaje que retóricamente temían. Jardines formales, que incluían muchas plantas nativas de la jungla circundante, permitieron a los norteamericanos crear un

paisaje seguro y manicurado. La jungla se hizo “civilizada” dentro de la Zona del Canal: “Se ha buscado un efecto de parque, con paisajes abiertos, para evitar la cercana confusión de la jungla a la que regresa la vegetación nativa cuando se la deja librada a sí misma o es cultivada de manera indiscriminada” (PCC 28 3/1921). De este modo, los mismos elementos que epitomizaban la jungla fueron efectivamente domesticados. Una vez ordenadas y arregladas de una manera controlada, las plantas de la jungla eran redefinidas como seguras. Muchas casas “se convirtieron en verdaderos jardines de belleza – representaciones en miniatura de la jungla... a través del cielo y el gusto de sus amas”. (Bishop 1913, 311).

### ***La jungla panameña y los trópicos imperiales***

Las representaciones producidas por el discurso tropical sobre América Central definieron el desarrollo y el paisaje de la Zona del Canal de Panamá. Estas imágenes de los trópicos como paraíso y como paisaje peligroso a un mismo tiempo se convirtieron en la imagen de Panamá en el exterior. La Zona del Canal fue, especialmente para quienes vivían allí, un lugar distante, antitético de muchas maneras a la vida en EEUU. Cada aspecto cultural fue modificado por la palabra *tropical*, incluyendo arquitectura, raza, alimentación, vestuario, color y, por supuesto, enfermedad. Si bien muy arraigadas en experiencias concretas, las ideas relativas al ordenamiento de Panamá, con su peculiar combinación de narrativas positivas y negativas, formó la base para una comprensión norteamericana del lugar, y justificó el imperialismo de EEUU.

Al propio tiempo, es importante entender que concentrarse en las representaciones de los norteamericanos en Panamá tiene sus limitaciones. Eso, por ejemplo, no proporciona evidencia de otras voces. No muestra el paisaje tropical como fue experimentado por quienes no eran norteamericanos o, incluso, por todos los norteamericanos de principios del siglo XX. Los panameños tienen una serie de experiencias totalmente diferentes, que en su mayor parte no han sido narradas. Para todo intento y propósito, las voces alternativas de Panamá y los panameños han sido silenciadas a través de todas estas narrativas. Aun así, tales imágenes dieron forma al paisaje físico de la Zona del Canal.

Si bien he escrito acerca del pasado – hace ya más de un siglo – las imágenes de los trópicos no son menos poderosas hoy en día. Su forma, sin embargo, es muy diferente. Resulta irónico, en verdad, que los mismos lugares que los norteamericanos de principios de siglo vieron con tal ambivalencia sean considerados hoy destinos ecoturísticos de primera – y que el atractivo de estos lugares sea la misma tropicalidad que resultó negativa en el pasado. Tal como lo dice la primera pantalla del portal de Internet del Instituto Panameño de Turismo,

Queridos amigos:

Panamá ofrece muchos atractivos que esperan para ser descubiertos: selvas tropicales vírgenes rebosantes de animales exóticos y habitadas por tribus precolombinas; un millar de islas tropicales en dos océanos; cientos de playas de arena blanca. (IPAT 1966)

### **Notas**

1. A veces el término América Central incluye a Panamá, y a veces no. Aquí me refiero a Panamá como parte de América Central porque su paisaje y su historia reciente encajan en el discurso centroamericano.
2. Los discursos pueden ser vistos selectivamente como conjuntos de preconceptos, prejuicios, mentalidades e ideas que ejercen fuerte influencia, estimulan y restringen la práctica social. De esta manera, los trópicos constituyen un discurso del paisaje, - un estado mental vinculante, común a los integrantes de la sociedad dominante – que mental y geográficamente determina los significados asignados a un conjunto de hechos y percepciones relativos al lugar. Al dar forma a los modos de representación de EEUU en Panamá, proporcionan a un tiempo racionalidad y validación para las acciones.
3. De hecho, durante este período la mayor parte de los libros de viaje sobre América del Sur, y muchos de los primeros relatos de la llegada a Oregón y California, comenzaban con un capítulo sobre el Istmo, simplemente porque se encontraba en el camino hacia muchos destinos.
4. Documentos de la PCC [Panama Canal Company]. Las notaciones utilizadas aquí reflejan el sistema de archivo en uso desde los inicios de la construcción hasta 1960. La fecha al final de cada una de estas referencias no solía formar parte del código oficial, pero se agrega aquí para comodidad del lector.
5. Irónicamente, la jungla de la parte central de Panamá estaba lejos de ser la entidad monolítica sugerida por la narrativa. De la manera característica en muchos observadores de los llamados paisajes tradicionales, los visitantes asumían que, puesto que el Canal estaba rodeado por la jungla en 1900, siempre había existido jungla. Sin embargo, según Carl Sauer en *The Early Spanish Main*, al ocurrir el primer contacto de los españoles con Panamá, la tierra estaba en su mayor parte cubierta de sabanas con crecimientos de arbustos secundarios como resultado del uso intensivo del suelo por los indígenas (1966, 244).

### **Referencias**

- Adams, F.U., 1914, *Conquest of the Tropics*, Nueva York: Doubleday.
- Barrett, J., 1913, *Panama Canal: What It Is, What It Means*, Washington, D.D.: Pan American Union.
- Bishop, J.B., 1913, *The Panama Gateway*, New York: Charles Scribner's Sons.
- Bland, J.O.P., 1920, *Men, Manners & Morals in South America*, New York: Charles Scribner's Sons.

- Blaut, J.M., 1993, *The Colonizer's Model of the World : Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, New York: Guilford Press.
- Bowman, I., 1937, *Limits of Land Settlement: A Report on Present-Day Possibilities*, New York: Council on Foreign Relations.
- Bullard, A. [A. Edwards, pseudo.], 1914, *Panama: The Canal, The Country, The People*, New York: McMillan.
- Chisholm, G.G., 1918, *Handbook of Commercial Geography*, 8<sup>th</sup> ed. London: Longmans, Green.
- Conrad, J., 1950 [1910], *Heart of Darkness*. New York: Doubleday.
- Core, S., and A.C. McKeown, 1939, *Isthmiana*, Panama: Panama American Publishing Co.
- Crowther, S. 1929. *The Romance and Rise of the American Tropics*, Garden City, N.Y.: Doubleday, Doran.
- Davis, W.H., 1896, *Three Gringos in Venezuela and Central America*, New York: Harper and Brothers.
- Davis, W.H., 1907, *The Congo and Coasts of Africa*, New York: Charles Scribner's Sons.
- Duncan, J.S. 1993, "Sites of Representation: Place, Time and the Discourse of the Other", in *Place / Culture / Representation*, edited by J.S. Duncan and D. Ley, 39 – 56. New York: Routledge.
- Fairchild, D., 1922, "The Jungles of Panama", *National Geographic Magazine*, February, 131 – 144.
- Flandrau, C.M., 1908, *Viva México*, New York : D. Appleton.
- Frenkel, S., 1992, "Geography, Empire, and Environmental Determinism: The Case of Panama", *Geographical Review* 82 (2): 143–153.
- *Geographical Review*. 1918. Review of Government of the Canal Zone, by G. W. Goethals. *Geographical Review* 5 (2): 160.
- Gilbert, J.S., 1908: *Panama Patchwork*, N.p.
- Halliburton, R., 1929, *New Worlds to Conquer*, Garden City, N.Y.: Garden City Publishing Co.
- Harrison, G., 1978, *Mosquitoes, Malaria and Man: A History of the Hostilities since 1880*, New York: Dutton.
- Huntington, E., 1924. *Civilization and Climate*, 3<sup>rd</sup> ed., New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Huntington, E. and S. Cushing, 1922, *Principles of Human Geography*, New York: John Wiley & Sons.
- IPAT [Instituto Panameño de Turismo]. 1996. [http://panamainfo.com/tables/tourism\\_ipat.html](http://panamainfo.com/tables/tourism_ipat.html).
- Katz, D.R., and M. Chapin, eds., 1995, *Tales From The Jungle: A Rainforest Reader*. New York: Crown Trade Paperbacks.
- Kingsley, M. 1987 [1897], *Travels in West Africa*, Rutlnad, Vt.: Everyman's Library.
- Livingstone, D., 1991, "The Moral Discourse of Climate: Historical Considerations on Race, Place and Virtue", *Journal of Historical Geography* 17 (4): 413 – 434.
- Manthorne, K., 1989, *Tropical Renaissance: North American Artists Exploring Latin America, 1839 – 1879*, Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- McGrane, Bernard, 1989, *Beyond Anthropology: Society and the Other*, New York: Columbia University Press.
- ~~Merrill, M.S. 1966, *The Yasho-Chi River*, Chave, Cadre, Caton, and Edwards, S. the Illinois University Press.~~
- Miller, D.C., Dark Eden: *The Swamp in 19<sup>th</sup> Century American Culture*, New York: Cambridge University Press.
- Otis, F.N., 1867, *Illustrated History of the Panama Railroad; Together with a Traveler's Guide and Business Man's Handbook for the Panama Railroad and Its Connections with Europe, the United States, the North and South Atlantic and Pacific Coasts, China, Australia and Japan, by Sail and Steam*, New York: Harper and Brothers.
- PCC [Panama Canal Comission], Various dates, Documents at the National Arhives Record Center, Greenbelt, Md.
- Peixotto, E., 1913, *Pacific Shores from Panama*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Pike, F.B., 1992, *United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, Austin: University of Texas Press.
- Place, S.E., ed., 1993, *Tropical Rainforests: Latin American Nature and Society in Transition*, Washington, Del.: Scholarly Resources.
- Price, A.G., 1935, "White Settlement in the Panama Canal Zone", *Geographical Review* 25 (1): 1–11.
- Price, A.G., 1939, *White Settlers in the Tropics*, New York: American Geographical Society.
- ~~Puram, G.P. 1913, *The Subtropics of North America and Oceania in Central America During the Year 1912*, New York: G.P. Putnam's Sons.~~
- Sauer, C.O., 1966, *The Early Spanish Main*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Scrugss, W.L., 1910, *The Colombian and Venezuelan Republics*, Boston: Little, Brown.
- Semple, E.C., 1911, *Influences of the Geographic Environment*, New York: Henry Holt.
- Slater, C. 1995, "Amazonia as Edenic Narrative", *En Uncommon Ground: Toward Reinventing Nature*, edited by W. Cronon, 114 – 131, New York: W.W. Norton.
- Stephens, J.L., 1969 [1841], *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, New York: Dover Publications.
- Strahler, A., y A. Strahler. *Modern Physical Geography*, 4<sup>th</sup> ed. New York: John Wiley & Sons.
- Tomes, R., 1855, *Panama in 1855: An Account of the Panama Rail-Road, of the Cities of Panama and Aspinwall, with Sketches of Life and Character on the Isthmus*, New York: Harper & Brothers.
- Waugh, A., 1930, *Hot Countries*, New York: Farrat & Rinehart.
- Wilson, C.M., 1951, *The Tropics: World of Tomorrow*, New York: Harper & Brothers.

## Notas

\*Navarro-Swain, Tania, 2000: "Las representaciones mentales del descubrimiento de Brasil", en Pease, Franklin y Moya P., Frank, director y co director: Historia general de América Latina, vol. II: *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*. Ediciones UNESCO / Editorial Trotta, Madrid, p. 191.